OBEDIENCIA Y LIBERTAD

POR

LUIS ROSALES

La libertad es el eje sobre el que gira la obra cervantina. Creo poder afirmar que la mayor parte de los problemas que nos plantea su interpretación sólo pueden ser entendidos desde ella. En verdad, las cosas, las ideas y, sobre todo, las figuras tienen en esta obra una holgura tan justa, una amplitud tan próxima, que casi todos sus personajes están en ella *estrictamente distanciados por la libertad,* y viven como seres cuya vida está enmarcada en el vacío. Las figuras principales—conviene recordar que en la obra de Cervantes todas las figuras son en cierto modo principales—crecen página a página hasta llegar a ser una alucinación en el desierto. ¿A qué se debe este espejismo cervantino que considera al hombre desde una cierta plenitud *exacerbadamente* individual; quiero decir que considera a la criatura humana llena de sí, pero *vacía* del mundo circundante? Diríase que en su obra no existe apenas presión social; que sus personajes no se limitan los unos a los otros, no se rozan, no se tocan apenas. Se encuentran como recién naciendo al mundo histórico. Y son vivientes y reales, pero parece que no viven como todos los hombres vivieron y vivimos; es decir, que no viven como pueden, sino como quieren (1). Para contestar a estas preguntas tendremos previamente que determinar en qué consiste la libertad y cuál es su función dentro del mundo cervantino.

EL PROCESO VITAL DE LA LIBERTAD

LA OBEDIENCIA COMO PRIMERA REALIZACIÓN DE NUESTRO SER

El *hombre siempre es niño, siempre se encuentra bajo tutela. Vive haciéndose niño de modo más consciente, más voluntario cada vez* (2). *Vive creciendo, ahondándose, desde su madurez hacia su infancia. Después viene el domingo bueno de la muerte. Y dime, Luis: ¿Recuerdas a José? ¿Sabes cómo tenía los*

ojos? No los recuerdo apenas. ¿Cómo tenía la frente? No la recuerdo apenas. Al mirar se quedaba callado, pero espesando su silencio y sus ojos, igual que un árbol, cuando se aquieta el viento a la caída de la tarde. Tenía un silencio de tapial alrededor de algo de campo. Tenía un silencio confirmativo, y todos los domingos nos llevaba al paseo. Nos cogíamos nosotros de sus manos callosas, nos hermanábamos a ellas como el que cierra, para tener seguridad, la puerta de la casa. Y nos sentíamos vivir en una cálida y sedante tranquilidad entre el ir y venir de los tranvías o entre las oleadas de la gente. Nuestro domingo eran aquellas manos: nos hablaba con ellas, nos llevaba con ellas, nos protegía con ellas. Cuando llegaba el domingo, no íbamos al colegio, íbamos a José, como la paja cerca el hormiguero. «No le dejéis de dar la mano», nos decían. Y era imposible hacerlo, porque las manos no nos dejaban; nos abrían el camino del domingo y nos feriaban el corazón como la miel se va tornando dulce. Y yo quisiera recordar que todas las palabras eran entonces para nosotros casi sacramentales e imperativas. «A las hermanas hay que tratarlas con respeto.» Y las hermanas eran como una playa en donde el mar pierde su fuerza; ellas, tan pequeñitas, tan misteriosas, tan respetables. No se podía jugar demasiado con ellas; eran, más bien, para mirarlas. Hay algo, ya mayor, *que se encuentra* cristalizado *en el alma del niño. Y una gota de vida se sucede a otra gota, y todas ellas se continúan en la que queda y nos van resumiendo lo que somos, lo que debemos ser, lo que seremos. «Besa la mano de tu padre.» Y yo besaba aquella mano como entrando en la iglesia, y recuerdo que algunas veces he llorado, al besarla, de alegría. Hay en nosotros algo, desde niños* (3), *que obedece temblando de futuro, de modo ciego y natural. Obedecemos a nuestros padres, a nuestros maestros, a nuestros criados, a nuestros amigos. Y lo hacemos con absoluta y mansa pasividad, casi con agradecimiento. Comprendemos que nos hacemos hombres, que nos hacemos* mayores, *que nos hacemos lo que* queremos ser, obedeciendo. *Sentimos como esperanza la obediencia.*

«¿Sabéis? El pan se besa al recogerlo, el pan nos lo da Dios.» Porque no es lo importante la autoridad del que nos manda. Un niño no obedece, no puede obedecer, lo que es autoridad en el mandato. La obediencia del niño, que es obediencia natural, no se establece sobre algo externo, sino más bien sobre algo íntimo y necesario (4). *El niño no puede equivocarse y sabe siempre lo que quiere. Y lo que quiere es sólo obedecer, sin saber en qué consiste la autoridad, igual que se reúnen alrededor del tronco las hojas de los árboles. Obedeciendo nos cumplimos. Hay algo dentro del niño que se identifica, naturalmente, con la voz que le manda. Se siente, vitalmente, llamado a obedecer, es decir, a* imitar, *a sumarse en un orden que considera propio. Y porque sabe, de una manera oscura y cierta, que la obediencia constituye su identidad, la certidumbre del ejercicio de la obediencia es el primer orgullo que tiene un niño, cuando quiere ser hombre.* Nos apropiamos de nos-

otros obedeciendo. *Ya recordáis: «Vamos a jugar a esto», nos dicen los amigos, los que por devoción o por el brillo de su personalidad nos parecen mayores y ejemplares, y nosotros obedecemos gozosamente. «Vamos a hacer lo otro», y nosotros continuamos obedeciendo de igual manera* (5).

APROPIACIÓN Y PROPIEDAD

¿Recordáis que la primera palabra abstracta que el niño dice tercamente es la palabra *mío?* No será tan abstracta cuando la dice y la repite tanto. Lo que quiere indicarnos su media lengua de pájaro, al repetir una vez y otra vez, *mío, mío, mío,* no es que las cosas son del niño, como nosotros entendemos, sino más bien que el *niño es suyo,* que el *niño quiere ser de las cosas.* Recordaréis que aquello que considera *suyo*—el niño no tiene, *todavía,* juguetes propios—es el juguete del hermano mayor, la gorra de José, los brazos de su madre. Ahora bien: los considera suyos, los considera *propios,* porque se siente *mayor* a su manera. Imita el orden que le rodea, pero lo imita total y necesariamente, es decir, *apropiándose* a él. «Si haces lo mismo que ellos, serás lo mismo que ellos.» Sentimos como propio lo que vivimos como nuestro, lo que necesitamos para vivir y para ser. *Apropiarse* a las cosas, en cierto modo, es igual que *apropiarse* de ellas. El niño pertenece a las cosas que ama: por eso las cree suyas: porque forma con ellas una unidad vital. «Mira, vas a comprarle este pañuelo al aya, pero vas a comprarlo con tu mismo dinero.» Y estas palabras, tan sencillas, nos comunican algo al parecer incomprensible: que, después de haberlas realizado, aun tenemos que *apropiarnos* nuestras mismas acciones para poder considerarlas *nuestras.* Mío es el dinero de mis padres, pues me lo dan para hacer el regalo. Mía también es la acción de regalar, puesto que voluntariamente la ejercito. Y, sin embargo, necesito *apropiarme* a esta acción, para poder considerarla mía. Apropiación comporta propiedad, y nos son apropiadas y propias las ideas, las acciones y las cosas, en la conformidad de un mismo vínculo. Porque las cosas que realizamos, las ideas que tenemos y aun las cosas que legítimamente poseemos, no las sentimos como nuestras, no las sentimos como *propias,* de la misma manera. Unas son poseídas de manera jurídica; otras se encuentran arraigadas en nuestra vida; otras integran nuestro ser. Cada una de estas relaciones de *apropiación y propiedad* nos *obliga* de distinta manera. Y adviértase que sobre el carácter especialísimo de esta obligación,

que llamaríamos constituyente, descansa el yo fundamental (6). Son, pues, obligaciones fundamentadoras; atañen a lo que existe de común entre todos los hombres y verifican lo que somos. Al llegar a su madurez el hombre diferencia aquellas obligaciones que tienen carácter de convención, y son obedecidas de modo reflexivo, de aquellas obligaciones que tienen carácter natural y son obedecidas de manera espontánea. El niño, en cambio, se identifica total y necesariamente con el principio de obediencia: obedecer es su manera de ser hombre (7). En efecto, *la rama no obedece, sino más bien está constituída por el tronco.* Lo que sentimos como necesidad vital, nos constituye. La imitación del niño es su manera *necesaria* de vivir; por ello su obediencia es natural. «Mira, mañana vas a estrenar este vestido de marinero.» Y nosotros, ya aquella misma noche, nos sentimos marineros, nos sentimos *mayores* obedeciendo la investidura de la obediencia, y comprendemos, oscura y ciertamente, que también el que manda se apropia de sí mismo obedeciendo al mandato, en el cual él se cumple mandando, como nosotros nos cumplimos obedeciendo.

LA LIBERTAD ABSOLUTA

Posteriormente, al llegar a la adolescencia, se despierta en nosotros un sentimiento nuevo. Nos parece que en la pura obediencia nos falta aire para vivir. La imitación de los mayores, la inscripción natural de nuestra vida en la circunstancia que nos rodea, no nos hace vivir *radicalmente,* y desde la raíz de nuestro ser. En principio, esta renovación vital sólo la comprendemos *vivificándola.* Es como un movimiento sin dirección aún. Aquello que yo soy radicalmente, no puede haber tenido existencia anterior: es algo nuevo y distinto que tenemos que realizar. *Comprendemos, entonces, que la obediencia nos constituye, pero no nos define íntegramente.* Mi manera de vivir, de soñar, de tocar esta mano, no puede ser la misma que tienen los demás cuando ejecutan estas acciones. En esta diferenciación de mi conducta, *hay algo sólo mío.* Porque lo puedo realizar, soy libre. Porque realizo mi libertad, soy el que soy. A partir de este instante, el adolescente ha descubierto su propio ser inalienable y personal, y comienza a vivir desde sí mismo (8). Si la infancia comprendía la vida solamente como obediencia, la adolescencia comienza a comprender la vida solamente como libertad.

Y ahora quisiera complacerme en recordar aquel instante en que sentí, por vez primera, la vigencia del principio de libertad. Parece que debería tener este momento el alborozo con que reciben los niños que juegan en la calle la venida de la luz en día de restricciones. Pero confieso que no fué así. Ya estaba bien entrado en la pubertad. La adolescencia—todos la recordáis—es igual que el jardín de la infancia, pero un poco cubierto por la nieve. Recuerdo que mi madre no quería que yo leyese a Zola. «Mira, Luis: hay lecturas, lo mismo que hay amigos, que son igual que enfermedades. No te disgustes por mis palabras. Quizás sea tan natural la enfermedad como la salud, pero la enfermedad nos va quitando, poco a poco, la luz de nuestros ojos. ¿Sabes? Cada cual tiene su propia salud, como tiene su propia enfermedad. Mas no es lo mismo una que otra. La enfermedad, igual que el mal amigo, tira de nosotros y nos retrae hacia lo peor de nuestro ser; la salud, en cambio, igual que el buen amigo, tira de nosotros hacia lo mejor de nuestro ser. No es necesario, Luis, leerlo todo, y sobre todo, ¡se acabó!, no es necesario leer a Zola.»

Yo no pensaba igual que ella. Había olvidado, con la edad, obedecer. Y, sin embargo, el hombre siempre es niño. Y aun la fuerza del mar, en los ojos de Dios, no tiene movimiento alguno: es siempre niña y quieta. Pero vayamos a lo nuestro. La adolescencia siente que lo prohibido tiene una vaga incitación y yo tenía, para continuar en la lectura de PARÍS *o en la lectura de* LA TABERNA, *muy activas razones juveniles. En vista de ello, mi madre, atendiendo un buen día al dictado de su conciencia, dejó consejos y razones para mejor ocasión, y, de la noche a la mañana, me quemó todos aquellos libros. Lo quemado no habla. Pero a mí, en cambio, me desasosegaba y me hacía hervir la sangre el desafuero aquel. Me hablaba, me seguía hablando noche y día, con un lenguaje destrozado y descorazonador. Una cosa era aceptar el hecho consumado, y otra que lo justificara interiormente. Sentía, por vez primera, que el orden que sustanciaba la vida de mis padres no era el mío. Y lo sentía como un desgarramiento de mí mismo* (9). *Donde hay dos, hay dolor. Yo era un adolescente: creía preciso edificar el mundo con arreglo a mis propias ideas. Sin la menor vacilación hubiera yo partido el mundo en dos, para volver a componerlo, y convocar, ¡entonces!, todos los muertos en el espacio libre. Frente al mundo de mis mayores, se levantaba en mí la conciencia del principio de libertad, con esa ciega plenitud con que sentimos, en el desmayo* todavía, *que empieza a reanudarse en nuestras venas el movimiento de la sangre* (10). *Lo que llamamos mundo es tan sólo el camino en el cual ha de hacerse nuestra vida, pero el camino es cosa nuestra: el camino es tan sólo la tradición que nuestro pie va dejando en el suelo. Estas y otras razones las planteaba yo, inapelable y ciegamente, todos los días, como conversación de sobremesa. No era apropiado, desde luego. Mi padre no me daba ni me quitaba la razón, pero apoyaba la actitud de mi madre. Y a mí se me iba abriendo una*

llaga dentro de la boca siempre que hablaba de ello. No dejaba de hacerlo, sin embargo. Creía juvenilmente en el heroísmo de mi conducta; creía que cada una de mis palabras avanzaba un poquito la frontera de la futura libertad del mundo. Y mis palabras me dolían distendiéndome, y yo juzgaba necesario aquel dolor, igual que para cauterizar la herida es necesaria la quemadura. Donde hay dolor, hay dos. La noche era mi campo de batalla. Y en la noche..., ya sabéis..., llorar es doloroso como nacer, o mejor dicho, llorar es doloroso como dar la vida. El llanto nace de algo que es anterior al hombre, y por ello le redime y le ciega. La libertad nos es preciso hacerla dolorosamente, hora tras hora y día tras día, pero nunca llega a alcanzar nuestra estatura. Lloraba yo para nacer, para sentirme libre, para sentirme hombre. Sentía la libertad juvenilmente, como exacción de todo. Lo que distiende, duele. Y yo me deshacía en esa distensión de nuestro ser hacia el futuro, que es toda libertad. Mis padres esperaban. Y al fin todo pasó, mas como pasa todo: dejando rastro y reasumiéndose en la vida.

LA LIBERTAD ARMÓNICA

Más tarde; sí, más tarde, al llegar a la juventud, todo fué variando. No podemos crecer sino hacia dentro de nosotros (11). El hombre nunca deja de ser niño, y cuanto más se acerca hacia la muerte, más se encuentra bajo la advocación de la niñez. Todas nuestras acciones van empujando dentro del cauce la misma agua de lluvia, la misma nieve sucesiva. Vivimos recreando lo que seremos en lo que fuimos. La vida es—ya lo sabéis—igual que un río: y la unidad es la forma del agua. Esta hoja de nogal tiene un perfume que me aniña; este recuerdo tuyo es la esperanza de que llegues a ser como quiero que seas; este nombre que tengo, lo he confirmado ayer besándote en la boca. Vivir es ver volver, ver que las cosas se van haciendo nuestras, incorporándose en nuestra soledad a la esperanza del recuerdo. ¿Cuántas veces habrá llorado alguien la misma lágrima que lloras? El dolor de vivir es lo que crece. ¿No recordáis los dibujos de anatomía? Lo mismo que el movimiento de la sangre dibuja con exactitud la arquitectura de nuestro cuerpo, el dolor va *llenándonos* cada vez con mayor precisión, va *dibujándonos* interiormente, hasta llegar a tener nuestra misma figura. Es la raíz y, al mismo tiempo, la figura de nuestra alma. «Y dime, Luis, ¿vuelve lo que murió?» Sí; todo vuelve, pero vivificado por el dolor, temblando de futuro, como vinieron a nosotros la obediencia en la niñez y la libertad en la adolescencia. Mas la obediencia nos había unificado interiormente, nos integraba

y armonizaba con el mundo; la libertad, en cambio, nos distiende, nos duele, nos desrealiza, es decir, nos escinde del mundo real y de nosotros mismos. Donde hay dolor, hay dos. La dualidad de estos principios es sentida por nosotros como un desgarramiento al llegar a la juventud. Ya no podemos obedecer—de modo íntegro y natural—igual que obedecíamos cuando niños. No podemos tampoco realizar nuestra libertad—de modo íntegro y natural—como la realizamos adolescentes. Ahora sentimos que nuestra propia y personal identidad se fundamenta sobre una oposición, sobre un desgarramiento. Comprendemos por ello que nos *duele vivir.*

LA CONTINUIDAD COMO FORMA DE NUESTRA VIDA

«Y dime, Luis, ¿vuelve lo que murió?» No vuelve, continúa. La continuidad es la *forma temporal,* o si se quiere, la manera de cristalización que tiene nuestra vida. Sólo aquello que persiste en nosotros, *continuándose* desde la infancia, puede decirse que realiza nuestra identidad. Y hemos llegado a la segunda juventud. Albea quizás el pelo alrededor de nuestra frente. La piel del cuello y las mejillas se va tornando opaca como una tela de la cual se retira la luz. Las manos, al escribir, se nos detienen, tal vez, en el cansancio. Quizás no somos lo que éramos. Pero la identidad de nuestra vida exige que no sólo seamos lo que fuimos, sino también lo que debimos ser, lo que queremos ser. Estas tres dimensiones vitales se implican mutuamente, lo mismo que el recuerdo presupone el olvido. No pueden actualizarse, a un mismo tiempo, representaciones y percepciones. Preciso es darles vida, *vivificarlas,* en instantes distintos. Pero las unas y las otras forman la misma urdimbre. Para vivificarlas, las tengo que olvidar. Porque existe el olvido, ¿sabéis?, porque existe el olvido, yo puedo recordar que esta mirada azul y ciega, que se sigue a sí misma como perdiendo pie, como *cayéndose en el aire,* es la mirada de mi madre. Y así como el recuerdo presupone el olvido, creemos nosotros que *la obediencia reflexiva* del hombre es sólo una voluntaria o involuntaria actualización de *la obediencia natural del niño.* No es la ciencia quien nos lo dice, sino la misma vida. Cuando son *nuestros,* los muertos no se mueren (12). ¿No recordáis que, en todas las culturas creadas por el hombre, la muerte de los seres queridos, *necesarios,* se considera como ausencia, no como privación? Una de las constantes del espíritu humano consiste en no poder evitar esta vivificación de la presencia de la muerte. Los seres que son nuestros no nos dejan,

no nos pueden dejar. Esta mirada ciega era algo mío. No puedo estar privado de ella... «Estás aquí, estás aquí, estás aquí», sigo diciéndome a mí mismo. Considerar la muerte como aniquilamiento o privación es sólo una vigencia intelectual y, por lo tanto, no creemos en ella. No tiene fuerza la ola rota para mover la piedra de la playa: la humedece tan sólo. No basta la inteligencia para separar lo que ya estaba unido en nuestro ser, para escindir lo que era nuestro. Del mismo modo la obediencia racional no contradice, sino más bien completa a la libertad natural. Las virtudes ontológicas y naturales sirven de fundamentación a las virtudes racionales. Y como, finalmente, la libertad y la obediencia no se pueden contradecir, la dualidad de nuestro ser, al llegar a la segunda juventud, necesita armonía.

Esta mirada que encuentro aquí es la mirada de mi madre; esta caricia, que tuve que elegir, la de mi esposa; esta sonrisa, que quisiera besar, la de mi hijo. Todas ellas son relaciones naturales. Y, sin embargo, alguna de estas relaciones fué escogida libremente por mí, y algunas no. Todas ellas contribuyeron de igual modo a crearme. Mi vida más auténtica y personal choca continuamente y se conjuga con otras vidas individuales que también *me son propias*. En esta interacción vital nos hacemos nuestros, nos *naturalizamos*, nos apropiamos de nosotros. La unidad singular de nuestro yo presupone un nosotros. Y como donde hay dolor hay dos, para poner en armonía nuestro yo personal y nuestro yo fundamental, para seguir obedeciendo libremente, el hombre necesita nada menos que objetivar su propia vida. A esta objetivación llamamos vida racional. Pero téngase en cuenta que, estrictamente, sólo puede decirse que objetivamos nuestra vida cuando no la *somos*, es decir, cuando no la vivimos consistiendo plenamente con ella. No podemos ahora entrar en el tema ni aun de manera huidiza. Indicaremos solamente que la «vida racional» no tiene plena consistencia real. Su actividad no es constituyente, sino completiva. La función de la «vida racional» es la siguiente: *desde la vigencia natural del principio de obediencia establecer la necesidad de la libertad reflexiva; desde la vigencia natural del principio de libertad, establecer la necesidad de la obediencia reflexiva.* La pura «vida racional», que al fin y al cabo no es más que una abstracción, *consiste en la contrapuesta armonización de los principios reflexivos, sentidos como necesidad desde la instancia de los principios naturales.* El hombre puede vivir racionalmente, pero no vive *desde* su razón. Tampoco vive *consistiendo plenamente con ella*, y

esta armonización racional de los principios naturales y reflexivos constituye la materia del principio de autoridad.

Añadamos ahora que el principio de obediencia es la materia constituyente y el principio de libertad es la materia vivificante de toda humana convivencia. Al liberarnos obedecemos lo que somos; obedeciendo nos liberamos y cumplimos. Nadie obedece sino aquello que juzga necesario, es decir, nadie obedece, naturalmente, sino a su propia identidad. La obediencia no sería una virtud tan importante y cardinal como la esperanza, si no nos ayudara al cumplimiento de lo que somos: la memoria del hombre es obediencia pura. Toda otra interpretación de la autoridad es tiranía (13); toda otra interpretación de la obediencia es servidumbre. La autoridad y la dependencia son dos acciones recíprocas, dos actualizaciones del principio de obligación y de obediencia.

Y AHORA... CAMBIEMOS DE ACTITUD

Comprendo que quizás sea necesario distinguir con mayor precisión algunos de los conceptos formulados por nosotros, hasta aquí, de manera harto simbólica e intuitiva, y el lector nos perdonará que emprendamos

esta maldita faena
de ir arrojando en la arena,
muertos, los peces del mar (14).

Aun en los dominios del poeta tiene la lógica sus derechos. Para no derogarlos, trataremos de precisar aquellos cuya aclaración juzgamos más importante y necesaria. Son los siguientes: el yo fundamental y el yo personal; el principio de necesidad y el principio de libertad, y finalmente trataremos de explicar en qué medida se corresponden unos y otros con las situaciones vitales antedichas.

Téngase en cuenta que todo aquello que constituye lo que llamamos realidad histórica y forma nuestra propia circunstancia vital es la materia misma del principio de obediencia. Una vez adelantado este acertijo, para que sirva de perspectiva, procedamos a descomponerlo y analizarlo. *Frente a la realidad «radicada» de las cosas, Ortega descubre la realidad radical de la vida, como quehacer del yo con su circunstancia. Desde esta nueva idea de la realidad, aparecen en su limitación el realismo y el idealismo, como dos interpretaciones de lo real, parcialmente verdaderas, en parte*

erróneas, y en todo caso insuficientes, porque no se refieren a la realidad misma, más allá de todas las teorías del hombre, sino a elementos abstractos de ella, resultantes de una operación humana, que es una interpretación que sustituye a la realidad radical y originaria (15). Esta realidad radical es la vida del hombre. Todo lo que nos vivifica, como diría Unamuno; todo lo que nos «historiza», como quizás dijera Ortega, constituye nuestra realidad. Y este quehacer *constituyente* que es nuestra vida consiste en una sucesiva toma de conciencia o, si se quiere, en una sucesiva *apropiación* de los diversos elementos que la componen. La vida del hombre es una pura consistencia con las cosas: ha de adecuarse a ellas. La realidad de las cosas es una pura consistencia con la vida del hombre: ha de adecuarse a él. La vida humana es la realidad radical, donde las cosas y nosotros verificamos nuestra plena consistencia real.

EL SENTIDO DE LA PALABRA CONSISTENCIA

Consistir, en el sentido que nosotros venimos empleando esta palabra, es vivir *constituyentemente* algo que nos es propio. La actividad específica de la existencia humana es de tal índole, que el hombre, más que existir realmente, *consiste* siempre en algo. Consistir, por lo tanto, es vivir desde la integridad de nuestro ser, pues las cosas, que se encuentran meramente radicadas en nuestra circunstancia, no se *realizan* sino al tomar contacto con nosotros. Este contacto, mediante el cual tanto ellas como nosotros asumimos la plena realidad, es un contacto vivificador establecido sobre una relación de consistencia. Para aclarar lo que decimos pondremos un ejemplo: En nuestra vida, igual que en el lenguaje, toman las cosas realidad consistiendo con nuestro pensamiento y el pensamiento logra su realidad consistiendo en las cosas. *Cuando decimos una palabra, consistimos en ella con las cosas.* De esta ley del lenguaje se puede deducir analógicamente la siguiente: nuestro pensamiento, para ser verdadero, ha de tener una apropiada consistencia real, es decir, ha de ser *tanto* adecuado a las cosas *como* apropiado a nosotros. La verdad de nuestras ideas, de nuestras palabras, de nuestras acciones, estriba en la consistencia real con que se cumplan en nosotros estas dos leyes: *la ley de adecuación del pensamiento, la ley de apropiación del pensamiento.* Por la primera, la verdad estriba en la identificación o conformidad que nuestro pensamiento guarda con las cosas; por la segunda, en la identificación o conformidad que guarda nuestro pensamiento con el sujeto que lo piensa.

La verdad o propiedad del pensamiento, si no la interpretamos como una mera abstracción conceptual, ha de fundamentarse sobre una activa consistencia real. Cuando yo pienso, pienso en algo que es exterior y ajeno a mí; pero al objetivarlo lo pongo en relación conmigo mismo y lo convierto, por esta operación, en algo mío. Al pensar en el valor del triángulo, o en la belleza de unos ojos, *consistimos con ellos*. Consistir es vivir desde una u otra realidad, que al mismo tiempo nos enajena y ensimisma. Vivimos enajenándonos hacia las cosas o, si se quiere, consistiendo con ellas.

Por el hilo se saca *a veces* el ovillo. Queremos comprobar que tanto el yo fundamental como el yo personal se verifican al llegar a la madurez de nuestra vida en una misma consistencia. Tanto uno como otro privan alternativa y exclusivamente en las distintas etapas de la vida, y la privanza del yo fundamental en la niñez no contradice, sino más bien implica, la adhesión íntegra de nuestra personalidad a las acciones que ejecutamos, igual que la palabra oída presupone la voz, aunque no se la oiga (16). Veamos primeramente en qué consiste esta privanza.

EL APRENDIZAJE DE VIVIR

El niño se encuentra en una absoluta indefensión frente a la vida. Rodeado por todas partes de peligros, el humano vivir no parece viable (17). Cierto que la misión de protegernos y alimentarnos pertenece a los padres, pero una cosa es esta protección y otra el aprendizaje de vivir. Si comparamos nuestros primeros años con los de cualquier otro animal, advertiremos que éste resuelve sus dificultades por sí mismo y en brevísimo tiempo. El hombre tarda mucho en adquirir esta experiencia. Vive frente al peligro de manera indefensa y casi milagrosa (18). Al nacer, podría decirse con justicia que, *vitalmente*, no es ni siquiera un animal. La expresión, desde luego, es impropia, pero expresiva. Se nos dirá, como razón de este hecho, que todo animal tiene un instinto específico que le hace ser con perfección el animal que es. El instinto es una especie de enciclopedia británica de la experiencia útil. Pero téngase en cuenta que el perro nada y anda al mismo tiempo, muy a pesar de que el agua no sea su medio ambiente. El niño no solamente tarda en realizar estas acciones, sino que las comienza a realizar con absoluta ineficacia. Para ser breves añadiremos que el animal *vive espontáneamente*, mientras que el hombre necesita *aprender a vivir*. La cuestión es grave y no se puede soslayar. Pues no nos

referimos solamente a que el niño deba aprender muy distintas acciones necesarias, como buscar el pecho de la madre, agarrarse al caer o aprender el lenguaje: lo que intentamos subrayar es algo más profundo. Piénsese en ello. No ya la vida del hombre (que es una realidad que, en cierto modo, podría llamarse histórica), sino *el vivir*, estriba en algo *que hay que hacer*, y hay que hacer *aprendiéndolo*. La viabilidad de nuestro vivir no se encuentra asegurada por un proceso natural, sino más bien por un proceso *cultural*, puesto que, en fin de cuentas, consiste en un aprendizaje.

Suele decirse—para dirimir dificultades sin resolverlas—que este quehacer, o aprendizaje de vivir, el niño lo realiza de manera instintiva. Y también que es inherente al desenvolvimiento de la razón humana. Todo es cuestión de nombre. Tanto nos da a nosotros llamarlo de una u otra manera; lo importante es llegar al fondo de la cuestión y desatar, y no cortar, el nudo. En rigor, el aprendizaje de nuestra vida no se realiza de manera instintiva. No tiene aquellas cualidades—espontaneidad, eficacia—que son connaturales al instinto. Tampoco tiene aquellas otras que estrictamente pueden llamarse racionales. Así, pues, la operación fundamental de la vida del hombre, es decir, aquella operación sobre la cual estriba *su pura viabilidad vital* no se encuentra residenciada o presidida por la vida instintiva ni por la vida racional, o, al menos, puede afirmarse que las características de este quehacer son bien distintas de las que tienen una y otra. Sin sacar, por ahora, mayores consecuencias de este hecho, resumiremos nuestro pensamiento en los siguientes puntos: la viabilidad de la existencia humana no se logra de modo natural: consiste en un aprendizaje. El hombre es el único animal de la creación a quien le es necesario aprender a vivir. Este quehacer o aprendizaje se apoya en una fuerza (19) y no se encuentra avalado por la razón, ni se funda sobre el instinto. La potencia sobre la cual se funda la viabilidad de nuestra vida es la que Ortega llama vitalidad (20).

REALIDAD PLENA Y REALIDAD DEFECTIVA

Y ahora debemos dar un paso más y preguntarnos cómo realiza el niño su aprendizaje de vivir. Claro es que no tratamos de entrar de lleno en la cuestión: la traspondremos quemándonos los pies. Ya vimos que la vida se verifica por una cierta consistencia del hombre con las cosas que le rodean. Ser hombre es consistir, de una manera u otra, con las cosas. O dicho de otro modo, y

como dice Ortega, *yo soy yo y mi circunstancia*. Pero en esta definición hay algo implícito que conviene aclarar: yo no *sería* mi circunstancia si no consisto en ella. Es esta relación de *consistencia*, y no otro modo alguno de relación, la que confiere su plena realidad a las cosas y a mí. Mi yo consiste propiamente en consistir con algo. Representaciones o sensaciones, juicios, emociones y sentimientos: toda la vida, en suma, descansa en un quehacer del hombre con las cosas. Si no existiera el mundo externo como resistencia o incitación, no podría el hombre ser quien es. Lo que nos hace consistir en lo que somos es justamente nuestro hacer con las cosas. La consistencia de la realidad—esta mesa, este árbol—, sin contar con el hombre, es sólo una abstracción, y es sólo una abstracción la consistencia de la vida del hombre sin contar con las cosas. Así, pues, tanto las cosas como el hombre son elementos que constituyen la realidad, son *realidades defectivas*, que por sí mismas no alcanzan validez sino en los ojos de Dios Nuestro Señor (21). La plenitud real se verifica en el quehacer y por la consistencia del hombre con el mundo. Este quehacer es nuestra propia vida, tanto considerada en la unidad de su despliegue como en las incidencias del vivir. Y este quehacer que es nuestra propia vida estriba en una cierta relación entre hombre y mundo, a la cual damos el nombre de consistencia. Tan sólo por su verificación en esta consistencia, asume nuestra circunstancia, y asumimos nosotros la que inequívocamente puede llamarse *plena realidad*. Fácil es advertir que en las distintas edades varía esta relación (22). El yo del joven y el del niño, en cierto modo, se oponen entre sí. Intentaremos explicar sobre qué estriba la consistencia real del uno y la del otro.

IMITACIÓN: INSTINTO

El yo del niño es un yo imitativo. La consistencia de su vida se organiza sobre el orden que, de modo *insuficiente*, llamaremos social. Nos referimos tan sólo a los primeros años de la vida (23). En efecto, sólo más tarde, y de manera oscura y lenta, se irá su propia vida, su *vida personal*, diferenciando, de su *vida real*. El yo del niño es simple y unitario. Téngase en cuenta este carácter, pues, pasada la niñez, el yo del hombre no vuelve a realizarse como unidad. Mas demos tiempo al tiempo y precisión a nuestro discurso. La vida del niño es una pura consistencia con las cosas: podría decirse que el niño consiste *desde ellas*. Las siente como

propias: por eso imita las acciones de sus mayores. Pero su imitación no es un placer; tampoco un juego, sino más bien una necesidad: imitando el orden social que encuentra establecido se *apropia a él.* La imitación (24) vital del niño es su manera de realizarse. Merced a ella actualiza su yo y va verificando día tras día su aprendizaje de vivir. La viabilidad de nuestra vida, que en un principio estuvo asegurada por la vitalidad, se realiza más tarde por el sentido de imitación que en cierto modo cumple en la vida humana la función del instinto.

Es claro que algo existe en el niño que le lleva a imitar a sus mayores de modo imprescindible para vivir. Vivir es consistir en algo y desde algo, y el niño que aun no consiste en nada propio vive y consiste desde los demás. Si no imitara las acciones que se ejecutan a su alrededor, no viviría. Su vida no tendría realidad, ni consistencia alguna. Sería una pompa de jabón en el aire. Sería nada, pues la imitación es su modo exclusivo de quehacer con las cosas, y tan sólo a través de la costumbre verifica su proceso vital. Muy expresivo de esta actitud es el siguiente ejemplo. *El abuelo de una niña americana de tres años suele llevar a ésta a paseo todas las tardes. Van al parque a dar de comer a las ardillas. Todos los días tomaban el mismo camino. Cierto día el abuelo se apuró para volver a casa. Por eso echó por un atajo. No bien notó la niña que tomaron otro camino, cuando rompió a llorar y le obligó a volver. Tuvieron que volver por el camino habitual para que la niña no siguiera llorando* (25).

El hábito no es, pues, como suele decirse, una «segunda» naturaleza: está implicado en nuestra historia personal. Y ésta, la historia, es la que sirve de fundamentación primera a nuestro ser. En la vida del niño la costumbre es la ley. No vive desde sí, vive desde los otros. Así, pues, cuando decimos que el niño tiene un yo social e imitativo, no lo decimos todo y resbalamos sobre la certidumbre de este hecho: no ya la *vida real,* sino aun la *vida personal* del niño, consiste y se realiza únicamente desde este yo. No lo olvidemos. *Esta primera consistencia viva que nos hace sentir de manera espontánea la realidad del mundo como perteneciente a nuestro mismo yo, es justamente aquello que venimos llamando principio de obediencia.*

Quizá no esté de más (sin incurrir en el estilo pedagógico de nuestros días) hacer aún ciertas aclaraciones. Las haremos como aquel que contempla, desde el avión, la compleja unidad de un paisaje. El niño imita el orden vital de sus mayores espontáneamente y siguiendo la inclinación de su naturaleza. La imitación le es absolutamente necesaria para ser y, por tanto, la imitación es una necesidad singularísima, una necesidad *constituyente*, que nos hace ser hombres. Sobre ella va verificándose la realidad de nuestra vida. Esta primera consistencia de la vida del hombre es el orden social que imita. Mas ya advertimos a nuestros lectores que juzgábamos insuficiente la denominación: orden social. Ahora debemos explicar en qué consiste esa insuficiencia. El orden al cual se apropia el niño no es el orden social, sino el histórico. Su propia historia es la que siente como necesidad, es decir, es aquello que siente como apropiado a él en el orden social. Así, pues, todo lo que nos *historiza*, todo lo que nos hace pertenecer a nuestro tiempo, es decir, todos aquellos elementos que constituyen nuestra historia personal, forman la consistencia *necesaria* de nuestra vida. El ser del hombre es historia. Pero el ser del niño, no sólo consiste en ser historia, sino también en *consistir* desde ella. Carece aún de verdadera personalidad. Su yo consiste en imitar la viva historia que le rodea. Puede afirmarse lo siguiente: porque el niño vive necesaria y ontológicamente desde el orden histórico, va actualizándose su yo; porque nos *actualizamos* como hombres desde la historia, la sentimos como necesidad constituyente de nuestro ser; porque la sentimos como necesidad constituyente, la obedecemos, y finalmente, porque la obedecemos, nos cumplimos. En virtud de este razonamiento, dijimos páginas arriba que la obediencia es una virtud constituyente y cardinal, como la esperanza. Quizá parezca extraña esta afirmación para el hombre actual, desgarrado de sí por el racionalismo. Quizá conviene que aclaremos que estoy llamando obediencia a *aquel impulso que nos lleva a completar nuestra propia realidad personal, incorporando a ella la realidad del mundo histórico al cual pertenecemos.*

Esta asunción a nuestra plena consistencia humana, que solamente puede verificarse por la obediencia, tiene carácter ontológico. Obedecer es consistir en algo, es vivir *desde* algo que nos es propio, y que por serlo nos constituye y verifica. No debe confundirse la obediencia, como es uso y costumbre hacerlo, con ninguna

otra relación de dependencia y autoridad. Tiene carácter ontológico. El *principio de la obediencia es la naturaleza misma del ser histórico del hombre.* Esta naturaleza, donde se identifica consigo mismo, es la que sigue el niño cuando imita, y corresponde a la privanza del yo fundamental. Veamos ahora en qué consiste la privanza del yo que venimos llamando personal.

LA LIBERTAD COMO EXACCIÓN

Vivir es ver volver, pero de modo diferente en cada instante. El yo del joven es un yo personal, pero en esta palabra: personal, van implicadas, actualmente, nociones muy distintas. Intentaremos puntualizar alguna de ellas. Vivir es siempre, en cualquier caso, consistir. Pero la vida humana, entre la adolescencia y la primera juventud, funda su realidad sobre una nueva consistencia con el mundo exterior. Lo que hay de nuevo en esta consistencia, es decir, en la vida del hombre, va apareciendo en ella poco a poco. Mas no nos interesa discernir el desarrollo de este proceso: sólo queremos evidenciar su resultado. Es muy sencillo: si la consistencia de la vida del niño se realizaba radicalmente *desde* las cosas, la consistencia de la vida del joven se empieza a realizar *desde* sí mismo. Cuando nos encontramos en clase y el profesor pregunta a varios alumnos una misma lección, ninguno de ellos la repite de modo igual. Este deber todos lo realizamos de manera distinta. Si los hombres ejecutaran sus acciones de igual modo, serían hormigas conduciendo su pajita o su grano al hormiguero.

Pero debe advertirse que si la misma acción da resultados diferentes en diversos sujetos, no es porque nos propongamos realizarla de manera distinta. La diferenciación connatural a las acciones de los hombres no es cosa voluntaria. Es más: no es una consecuencia de ella, sino más bien algo que impulsa a nuestra voluntad. Casi podría decirse que es la raíz o el estado naciente sobre el cual se organiza la vida voluntaria. Por ello la libertad, como la obediencia, tiene carácter ontológico.

Pero comienza a caer la tarde y yo me encuentro cansado por el esfuerzo de escribir; pienso que el aire limpia el pensamiento. Cuando la falta de luz me impida, como todos los días, trabajar y ganarme la vida, puedo estar paseando dentro del parque del Oeste. Estoy tan cerca de él y necesito tanto de este paseo, que comienzo a caminar hacia el parque, de modo natural e irreprimible, igual que el agua se pone en movimiento en la pendiente. El aire de la calle

es pesado y eléctrico: dentro de poco va a llover. Los niños juegan; las mujeres, detrás de las ventanas, esperan siempre algo; los hombres marchan por la acera cansadamente, desamparados, silábicos, vacíos. (También soy hombre yo, y tal vez hombre de mi tiempo, como suelen decir los filosofistas.) El zapatero está encendiendo, con los ojos, su lamparilla de petróleo para vivir. (Vivir—ya lo sabéis—es un quehacer que nadie hace.) La pescadería, arrebujada en la penumbra, tiene un brillo babeante y continuado de piel donde camina y vuelve a caminar un caracol. Al llegar a Rosales, miro a los camareros, todavía con su chaqueta blanca (en Madrid no se reponen sino las calles); las criadas; los caminos de tierra, que aún están haciendo su aprendizaje; la música del bar, y, al fin, el aire entre los árboles. Un cielo a pie *se va alejando, paso a paso, hacia la ermita de San Antonio. No llegará muy lejos: va a llover. (En la ermita está Goya bien muerto.) Todo el parque está solo y casi humedecido de silencio. Me gustaría dormir en él. La hierba hay que cuidarla mucho. Se seca y arroala: no es natural en este clima. Lo natural, estaba yo pensando ayer, es el principio de obediencia. En el principio de obediencia no hay pájaros. Los pájaros no son naturales de Madrid. (¿Pero no recordáis que hasta hace poco tiempo había en el barrio de Salamanca gorriones municipales?, y ahora...) Este viejo que está sentado junto a la fuente de la cañada me sobrecoge un poco. (Quizá no tenga dónde ir.) Al pasar junto a su lado nos miramos. (Quizás no nos volvamos a ver jamás.) Tiene los ojos más altos que anchos y la pupila le ocupa poco lugar en ellos. Ahora consisto yo con este hombre, con esta hierba, con este ala de lluvia que comienza a caer sobre el parque. Vivimos ambos una misma consistencia real. Mas la vivimos—bien claro esta en sus ojos—de distinta manera. Como aprieta la lluvia, determino volver a casa. El no se mueve.*

Y hay que empezar a trabajar de nuevo. Ordeno mis papeles y me sitúo frente a la máquina de escribir. Lo que yo soy, por lo pronto, es una realidad distinta de cualquier otra realidad. (¡Qué seco es todo esto, Dios mío!) Soy, sin embargo, muchas cosas —hombre, poeta, granadino—que son comunes a diversos hombres. Lo que me apropia a mí conmigo mismo es lo que, en última instancia, me diferencia de ellos. Lo que yo soy, originariamente, es esta cierta y radical manera de ser hombre que diferencia mis acciones de las acciones de los demás. (Y la hierba del parque, ¿en quién consiste ahora?) Así, pues, el origen de aquello que me hace ser yo mismo estriba en esta diferencia connatural a mis acciones. En ella hay algo *radicalmente* y *sólo* mío. En ella estriba, pues, mi personalidad. Al pensar de este modo ha descubierto el joven la raíz de *su yo personal* (26).

Y desde entonces, y para el joven, vivir es la tarea de hacer o

deshacer el mundo a su imagen y semejanza. La *personalidad estriba en una cierta recreación de nuestra propia vida, mediante la cual establecemos su consistencia real desde nosotros mismos.* Creo conveniente ahora añadir que la vida *personal* tiene dos características esenciales. La primera es que merced a ella consisto en mí, *desde mi mismo* origen. Y la segunda es que este nuevo modo de consistencia, al que llamamos vida personal, no es algo que me armoniza con el mundo; más bien es algo que me separa de él. El niño, obedeciendo al principio de obediencia, bajo la instancia del yo fundamental, se identifica consigo mismo y con el mundo. Su vida se realiza en la obediencia plenamente. En cambio, el adolescente, obedeciendo a la instancia de su yo personal, se identifica consigo mismo, pero diferenciándose y, en cierto modo, desgajándose de cuanto le rodea. El niño encuentra su *naturaleza* en el mundo exterior; el joven busca en sí mismo su oriundez. Si la obediencia del niño era un quehacer con las cosas o con los hombres considerados como cosas, la vida personal es un quehacer consigo mismo o con las cosas consideradas como hombres. (Como ha dejado de llover, el cielo seguirá andando entre los árboles hacia la ermita de San Antonio. Si yo fuera filósofo, hubiera dicho anteriormente que el quehacer personal considera a las cosas como *yoes*. Esto parece lo mismo y no es lo mismo.) La vida personal, entendida de manera absoluta, como el joven la entiende, busca tan sólo el desarrollo de nuestra mismidad. Pero la *mismidad no es identificadora* y estriba en aquella consistencia vital que, al apropiarnos a nosotros mismos, nos desrealiza, nos separa del mundo, y escinde nuestro ser (27). Aunque parezca paradójico afirmarlo, el hombre mismo, el hombre en cuanto *mismo*, no tiene plena realidad.

LA LEY DE GRAVEDAD DEL PENSAMIENTO

Y caminemos con advertencia, pues ya nos encontramos cerca del fin propuesto. El pensamiento, como la tierra, tiene una ley de gravedad, y, en virtud de ella, las últimas palabras de un discurso tienen peso mayor, es decir, mayor rapidez y verticalidad en su caída que las primeras.

El mismo valor que en la vida del niño tiene el sentido de imitación, tiene en la vida del adolescente el sentido de diferenciación: son sus modos connaturales de realizarse y de cumplirse. El adolescente piensa que sólo aquello que nos distingue de los de-

más nos hace consistir en lo que somos y sirve para conocernos y valorarnos (28). Ahora bien: esta manera de vivir constituye lo que de modo estricto llamamos vida personal, y tiene dos consecuencias ineludibles y esenciales. La primera es que en la adolescencia nos desgarramos de nuestra propia historia. Vivimos en abierta contradicción con las personas, las ideas y las costumbres de nuestro tiempo, pensando que la historia que vivimos nos altera y no nos ensimisma. La segunda es que en la adolescencia nos desgarramos de nuestra propia identidad. El *otro*, para el adolescente y para la filosofía existencialista, es justamente aquello que yo soy, pero que contradice mi mismidad. Ya hemos dicho cómo la adolescencia vive desde la contradicción entre su identidad y su mismidad, cómo la adolescencia es una isla que nos separa del mundo y de nosotros, y en virtud de ello, piensa el adolescente que sólo aniquilando su yo histórico se realiza a sí mismo, se diferencia de cuanto le rodea, es decir, se libera del *otro* que hay en él, y de los otros. Vivir, para el adolescente, es liberarse, y liberarse es asumir la propia mismidad. La libertad es la sustancia misma de toda vida auténtica y personal.

La posición vital del adolescente es inequívoca, ineludible y engañada. Para que nuestra vida pueda verificar su plena consistencia es necesario al hombre, no sólo *acontecerla*, sino *sucederla*, es decir, verificar su realidad en la corriente de la historia. Yo me sucedo a mí mismo, decía Lope de Vega, y en esta sucesión estriba, justamente, mi identidad. El niño que yo he sido decidirá del hombre que yo he de ser mañana. La consistencia de la vida del hombre está formada conjuntamente por su historicidad o identidad, y por su mismidad. A la primera corresponde el principio de obediencia; a la segunda, el principio de libertad. Ambos sirven de sucesiva fundamentación a nuestra acción vital. Tanto el yo histórico-social donde se fundamenta la obediencia, como el yo personal donde se funda la libertad, forman la radical unidad de nuestro yo. Ninguno de ellos puede prevalecer en una vida auténtica. El ser del hombre consiste en esta verificación de nuestra vida, entendida como realidad última y causal. Yo soy yo y mi circunstancia porque consisto en ella. A Dios debemos nuestra hombredad, y a la historia creada por su divina Providencia debemos nuestra identidad. Yo me sucedo a mí mismo y soy mi propia historia, y como el yo del adolescente siente su mismidad como exacción de todo, la vida personal, la libertad absoluta, consiste verdaderamente en su desgarramiento de nuestro ser. Lo que distiende, duele.

A causa de ello, el dolor es uno de los elementos que constituyen y dan origen a la humana personalidad: es la materia necesaria de la vida del hombre.

Hemos llegado al fin. Ahora creemos que podrá comprenderse íntegramente por qué afirmábamos que el hombre siempre es niño, siempre se encuentra bajo tutela. Más o menos adormecido, como en la época actual está en nosotros, el yo fundamental histórico consiste siempre con el yo personal, del mismo modo que el recuerdo presupone el olvido. Al llegar a su madurez, el hombre trata de armonizar, tanto en su propia vida como en su propio yo, el principio de obediencia con el principio de libertad. Mas cada día tiene su afán. En distinta ocasión trataremos de explicar en qué consiste y cómo puede realizarse esta armonía. Hoy ya sólo nos resta subrayar que la consistencia armónica de ambos principios es lo que constituye la plena realidad y madurez del hombre. En efecto, cuando llegamos a la juventud, frente a la libertad absoluta, adolescente y desrealizadora, se levanta en nosotros, como una obligación difícilmente realizable, la libertad viril, la libertad armónica.

Luis Rosales.
Altamirano, 34.
MADRID.

NOTAS

(1) *Brota derecha o torcida*
con esa ley de la vida
que es vivir como se puede.

Antonio Machado: «Las encinas».

(2) «Yo no puedo hacer menos en beneficio de esta mezquina condición, donde mi edad me arrastra, que proveerla de juguetes y niñerías como a la infancia se provee y por algo recaemos en ella.» Montaigne: *Ensayos*, Libro III, capítulo V, 217.

(3) «Como es algo infinitamente difícil penetrar de un modo inmediato en la estructura íntima del alma del niño, atengámonos al lado más visible, a saber: la relación del niño con lo que significa la «realidad» para él.» Spranger, 48. La relación del niño con la realidad, tanto histórica como natural, es solamente incorporarse a ella. Y su manera de *apropiársela* es la impresión natural de la obediencia.

(4) «Por consiguiente, la obligación nos viene precisamente de fuera. Cada uno de nosotros pertenece a la sociedad y se pertenece a sí mismo. Si nuestra conciencia, trabajando en las profundidades del ser, nos revela, a medida que descendemos, una personalidad cada vez más original, incomparable con las otras y desde luego inexpresable, en cambio, por nuestra superficie, estamos en relación de continuidad con las demás personas, semejantes a ellas, unidos

a ellas por una disciplina que crea entre ellas y nosotros una dependencia recíproca. ¿No será para nuestro yo el único medio de ligarse a algo sólido, instalarse en esta parte socializada de sí mismo?» Bergson: *Las dos fuentes de la moral y de la religión,* 67. La palabra *profundidad,* empleada por Bergson, puede inducir a confusión. Como veremos más adelante, el yo social aparece en la vida del hombre con anterioridad al descubrimiento del yo personal. No hablamos de una dimensión del yo más profunda que otra, sino de una dimensión que es anterior a otra. A lo que Bergson llama obligación, nosotros hemos preferido llamar principio de obediencia para subrayar el carácter espontáneo y antirreflexivo de esta actitud vital.

(5) Es decir, con la misma alegría.

(6) Establezco la diferencia—más tarde se verá—entre el *yo fundamental* y el *yo superficial.* Nada tiene que ver con la usualmente establecida por el psicoanálisis entre el yo profundo y el yo superficial. Con arreglo a nuestro criterio, el yo fundamental no es el estrato más profundo y permanente de la personalidad, sino el *primer* estrato de ella, y está formado por el subsuelo de creencias, usos y costumbres históricas que recibimos como legado y sobre las cuales se fundamenta nuestra personalidad individual.

(7) «La conducta social, aun de los niños más pequeños, documenta, desde un principio, como necesidad central, el deseo de *contacto,* de *trato,* de participar en lo de los otros. El quedar excluído de alguna acción colectiva de los demás sigue siendo hasta el final de la tercera fase (cuatro a seis años) uno de los castigos más severos que se pueden infligir a un niño. Por eso, «el poner en un rincón», es decir, excluir y apartar de la comunidad, se siente como castigo grave. Para sacar a un niño de un grupo en que está jugando, se necesita muchísimo arte de persuasión por parte del adulto que lo intente.» Charlotte Bühler: *Infancia y juventud.* Espasa-Calpe, Madrid, pág. 206.

(8) «Pues el rasgo fundamental de la juventud es el que indicamos: *descubrirse a sí misma* y *luchar por la propia expresión.*» Eduardo Spranger: *Cultura y educación,* tomo II, pág. 128. Espasa-Calpe.

(9) «Cuando por vez primera el yo se enfrenta con algo singular y propio de las cosas y hombres que le rodean, engéndrase en la conciencia un mundo nuevo. Su primer rasgo es un aislamiento profundo. El *dolor de la individuación* se siente por vez primera. Porque todo no es sólo para mí y uno con mi vida; es ajeno y no me comprende. Se ha desgarrado la ingenua unidad. Con la conciencia del yo nace también la de un *otro,* que repentinamente es ajeno, y no yo.» Eduardo Spranger: *Cultura y educación,* tomo II, pág. 129. Espasa-Calpe, Madrid.

(10) Para comprender de manera más clara el proceso vital de la libertad y la obediencia hasta llegar a la pubertad, creo conveniente reproducir el gráfico estadístico obtenido por D. Eisenstadt en una encuesta en que se preguntó a niños y jóvenes: «¿Es necesaria la obediencia?»

	EDAD EN AÑOS									
	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17
Obediencia a la autoridad.....	55,7	69,5	71,5	55,3	40,5	34,0	33,5	28,5	26,2	24,8
Obediencia por motivos prácticos.....	29,0	28,2	25,5	29,7	36,3	40,0	36,0	18,2	24,8	25,0
Obediencia por principios teóricos.....	15,3	2,3	3,0	15,0	23,2	26,0	30,5	53,3	49,0	50,2

Reproduzco el gráfico masculino. Las variantes del gráfico femenino son la intensificación de la obediencia al principio de autoridad y la disminución de

la obediencia por principios teóricos. Cito del libro de C. Bühler, tantas veces citado, pág. 382.

(11) «Aludimos a la *vuelta de la mirada hacia dentro* (la reflexión), el descubrimiento del sujeto como un mundo por sí, aislado para siempre de todo lo demás del mundo, cosas y personas: es la vivencia de la gran soledad.» Spranger: *Psicología de la edad juvenil.* Madrid. *Rev. de Occidente*, pág. 54.

(12) «Por singular que pueda parecer, la idea de que *también* nuestros padres pueden morir no se me había ocurrido nunca.» Adolfo Stahr: *Recuerdos de mi vida.* I. De la juventud. Schewerin, 1870, pág. 221. Cito de Spranger.

(13) «Es tiránico aquel poder en que el soberano, despreciando todas las leyes de la naturaleza, abusa de la persona y de los bienes de sus súbditos.» Pierre Charron: *De la sabiduría.* Ed. Losada, Buenos Aires, pág. 190. Tiránico, diríamos, es el poder antinatural, es decir, el que contradice su propia naturaleza y daña la naturaleza de sus súbditos. En el primer caso contradice el principio de obligación; en el segundo, el principio de libertad.

(14) Antonio Machado: *Obras completas.* Espasa-Calpe, Madrid.

(15) Julián Marías: *Ortega y la idea de la razón vital.* Madrid, 1950.

(16) Hay una memoria real que produce la acción, como hay una memoria ideal que produce el recuerdo. Hacemos *nuestras* las acciones porque nos adherimos a ellas sin saberlo con la memoria real. Detrás de cada una de nuestras acciones existe todo nuestro pasado. «Es la memoria, como todo el mundo sabe, la función psíquica que permite la presencia del pasado en la acción, por la cual ésta se produce o es posible.» Eduardo Nicol: *Psicología de las situaciones vitales*, pág. 11. Y cuando no tenemos conciencia psíquica de aquella historia que sirve de fundamentación a nuestros actos, ¿cómo sabemos, al realizarlos, que nos son apropiados? Se dirá que la diferencia entre ambos modos de memoria es sólo funcional: en un caso es consciente; en otro, no. Quizá sea así, pero creo que entre ambos modos de memoria hay una diferencia cualitativa o de grado.

(17) «Basta con imaginarse la situación de un hombre que se encontrase solo y sin los medios auxiliares de la cultura en una selva virgen. Parecería amenazado de un modo desigual a cualquier otro ser viviente... Hace falta un inmenso gasto para asegurar su derecho a la existencia y conservarle contra la destrucción. Su alimentación es peculiar y su forma de vivir requiere una protección intensa.» Alfredo Adler: *Conocimiento del hombre.* Espasa-Calpe, Madrid, pág. 31.

(18) Hasta los cuatro o cinco años el niño puede matarse o herirse de mil modos distintos. El instinto de conservación no aparece en el hombre sino después de un largo aprendizaje, durante el cual lo sustituye la solicitud de nuestros familiares. ¡Aun el instinto de conservación hay que aprenderlo!

(19) «Desde el comienzo de su existencia, la vida tiende a una expansión continuada.» «No sólo la conservación, sino, además, la expansión de la vida, es la tendencia *fundamental* que se comprueba en el ser viviente en evolución.» Charlotte Bühler: *Infancia y juventud.* Espasa-Calpe Argentina, S. A., pág. 32.

(20) «Vitalidad llama también Ortega al alma corporal (el estrato inferior de la psique, en que ésta se une inmediatamente al cuerpo) para distinguirla del alma propiamente dicha, la cual es intermedia entre la vitalidad y el espíritu. Esta superposición de los estratos de la vida humana recuerda la distinción que hizo Main de Biran entre las tres vidas que se superponen también en el hombre: la vida animal, la vida humana, la vida espiritual, aunque tal vez Ortega llamaría vida del alma a la vida espiritual de Main de Biran y vida espiritual a la vida humana.» Eduardo Nicol: *Psicología de las situaciones vitales.* Ed. El Colegio de México, pág. 110.

(21) En modo alguno defendemos una posición idealista frente a la realidad. Tanto las cosas como las ideas no tienen otra realidad que las que les confiere su relación de consistencia. Las ideas consisten en las cosas como las cosas en las ideas.

(22) «El principio fundamental de toda psicología (en oposición a la teoría del conocimiento, debería ser que la realidad no es constante para las vivencias, sino que cambia con la organización psíquica del ser e incluso con el grado de su desarrollo. Debemos, pues, empezar afirmando que el niño—y también el adolescente—viven en otro mundo que nosotros.» Spranger: *Psicología*

de la edad juvenil. Madrid. *Rev. de Occidente,* pág. 48. Lo que cambia, naturalmente, no es el mundo, esto es, una abstracción, sino la relación de consistencia que mantenemos con él en los distintos estadios del proceso vital.

(23) «Al considerar el lento desarrollo del niño, puede observarse que sólo se pudo pensar en un desenvolvimiento de la vida humana tan pronto como existió una comunidad protectora.» Alfredo Adler: *Conocimiento del hombre.* Espasa-Calpe, Madrid, pág. 35. Sólo para el que tenga un sentido religioso de la existencia puede ser lógica la precedente afirmación de que la vida social es anterior y necesaria a la pura viabilidad de la vida individual.

(24) En los estudios de psicología infantil, como en los estudios de estética, viene teniendo el juego una importancia desmedida. Quizá es cuestión de nombre, pero existe en ello, a mi modo de ver, un equívoco grave. El arte no tiene una finalidad lúdica, sino creadora. Asimismo sólo puede decirse que el niño juega, desde el punto de vista del hombre. El niño vive sus juegos con absoluta integridad y aun, si se quiere, con absoluta dramaticidad. El juego para el niño es siempre *producción* de algo: una casa, un tren, y este algo es un crear. En cualquier caso, en la actividad funcional del juego se crea el niño a sí mismo, se hace ser el que es. No existe, por tanto, una última diferencia entre los que llama C. Bühler juegos funcionales y los juegos de producción. Tanto los juegos funcionales y los de ficción, como los receptivos y los de construcción, tienen la misma finalidad: son la manera de realizarse que tiene el niño.

(25) Charlotte Bühler: libro cit., pág. 210.

(26) El alumbramiento de este yo personal, como característico de nuestra adolescencia, ha sido ya descrito por Spranger en su libro tantas veces citado. «Ahora [en la adolescencia] predomina un nuevo *sentimiento del yo:* la conciencia de que se ha abierto una honda sima entre el yo y todo no-yo, de que no sólo todas las cosas, sino también todas las personas, están infinitamente lejanas y son infinitamente extrañas, de que se está consigo sólo en un abismo. Con esto se ha cometido aquel pecado original por el cual se separan el objeto y el sujeto. La subjetividad se convierte en un mundo independiente.» En el interior hay también un universo. «Comienzan las vivencias del propio yo» (57). En rigor, lo que descubre la adolescencia no es un nuevo sentimiento del yo, sino una nueva dimensión del yo. Estas dos dimensiones son las que nosotros llamamos yo fundamental y yo personal.

(27) Las palabras «identidad» y «mismidad», tal como están empleadas, encierran un equívoco que conviene aclarar. El yo del hombre es temporal: siempre es el mismo y nunca se repite. En este sentido, el yo no tiene identidad, sino mismidad. Al oponerlas, quiero expresar un matiz diferente. La búsqueda de lo más personal de nuestro yo—la mismidad—se contradice con nuestro yo fundamental. Lo que llamamos identidad, en cambio, sería la adecuación entre el yo fundamental y el personal.

(28) «Pero si no queda satisfecha la necesidad de consideración y aprecio que siente [y recaba para sí] la adolescencia, produce una «secesión», esto es, la adolescencia pone el centro de gravedad de su vida en una espera independiente de las valoraciones de los adultos. Y se mide entonces con sus propias medidas. Los íntimos motivos de las bandas de jóvenes y del vagabundaje en las grandes ciudades no son todos bajos. Hay también un motivo muy fino: el deseo de respeto.» Spranger: *Psicología de la edad juvenil,* pág. 59.